

40 AÑOS DE DESARROLLO

LUIS UGALDE

Somos desarrollados. Las cifras no dejan lugar a dudas. Ocupamos un excelente lugar en los indicadores que tanto valoran algunos economistas. Y llevamos camino de ascenso: los diez países capitalistas más prósperos del mundo no llegan al 6 por ciento de crecimiento del PTB en 1976; Venezuela en cambio, registra un 11,1 por ciento en el sector industrial, 17,5 por ciento en el sector de la construcción y 8,3 por ciento en los servicios. (1).

Con orgullo podemos decir que este salto se ha logrado en sólo cuarenta años: los Bs. 1.865,8 millones de PTB en 1936 se han convertido en Bs. 133.071 millones en 1976, mientras que los 350 millones de presupuesto nacional se multiplican hasta convertirse en 45.000 millones. Es difícil toda comparación con aquella Venezuela rural. La Caracas cosmopolita de tres millones convertida en centro financiero internacional y sede de congresos mundiales, en nada recuerda a la modesta y plácida urbe de 200 mil habitantes. Vivimos en la "nueva dimensión".

Y sin embargo, al apasionado por la realidad humana de Venezuela se le encoge el corazón al contemplar los míseros ingresos de la mayoría, las condiciones en que se gasta la vida en los ranchos, los millones de niños abandonados, la ruina de nuestra agricultura, la indigencia del campesino, los 35.000 millones de importación, la ramplonería de nuestra educación, la baja calidad de la vida en las ciudades, la desbordante corrupción que lo pringa todo, la cada vez más injusta distribución del ingreso y la concentración monopólica de la riqueza y la actividad económica.

No basta lamentarse. Tampoco satisface la insincera explicación de que vamos bien, pero no todo se puede hacer a la vez: hemos resuelto muchos problemas y con el tiempo resolveremos los que quedan. No. Los estamos agravando.

Tiene que haber una explicación racional a esta realidad. Con ocasión de los 40 años de SIC, nos hemos propuesto un exámen que contribuya al hallazgo de caminos más satisfactorios para el futuro, para lo cual es imprescindible tratar de vislumbrar las raíces de nuestro mal.

Llevamos cuarenta años de siglo XX, de acuerdo a quienes consideran que el siglo pasado murió con la noche del dictador. Vamos a celebrar veinte años de democracia ininterrumpida. Veinte años desde que en la madrugada del 23 de enero se levantó incorrupta y joven la esperanza del pueblo venezolano. 1936 y 1958 son dos fechas iguales en el sentir de las aspiraciones más nobles de Venezuela. A ambos se puede aplicar lo que dijera Mariano Picón Salas refiriéndose al estallido democrático de febrero de 1946: "Del fondo de los años brota otra vez el entusiasmo y todos quieren ir con esa Venezuela que nace, en la emoción y en la fe colectiva. Pasó el gomecismo con sus cinco lustros de oprobio y puede ya pensarse en crear una nación" (2). En ambas ocasiones Venezuela reventó de flores, pero los mejores frutos de justicia y democracia nunca han llegado a madurar. ¿Por qué? Se pueden dar explicaciones más bellas, románticas y espirituales, pero en una sociedad de capitalismo creciente no hay más remedio que analizar cómo las fuerzas materiales configuran la totalidad.

MUERE EL DICTADOR ¡VIVA LA DICTADURA!

Muerto Gómez, otro dictador quedó dominando la vida venezolana. Como dice el estudioso norteamericano Lieuwen, cuando murió el dictador político en 1935 ya estaba implantada la dictadura de la industria petrolera que gozó de toda protección gomecista. El nuevo tirano era inmortal y las revueltas políticas lo inquietaban poco. Respondía solamente a las demandas del mercado de Estados Unidos y de Europa Occidental y a las directrices de las compañías extranjeras (3).

Este no era un hecho ignorado o subvalorado por algunos venezolanos llenos de sensibilidad y penetración. Alberto Adriani, tras reconocer los aspectos positivos de la explotación petrolera, agrega:

"Sin embargo, por su índole y por la estructura particular que ofrece a Venezuela, esa industria es, desde el punto de vista económico una provincia extranjera enclavada en Venezuela y el país no obtiene ventajas con las cuales podamos estar jubilosos, por más que sean en cierto sentido satisfactorios" (4).

El programa del PDN —hecho por los acciondemocratas de 1939— no es menos explícito.

1. Dictadura Deseada

Tal vez había otro aspecto de esta dictadura, más peligroso por lo sutil y corruptor que no fue señalado con tanta fuerza y cuya corrección no constituyó el eje de la política nacional de los años siguientes como hubiera sido necesario. Nos referimos a lo siguientes:

La dictadura no consistía tanto en la explotación petrolera en manos extranjeras, cuanto en LA MANERA COMO SUS INGRESOS CONDUCIAN AL PAÍS AL CONSUMO DE LO NO PRODUCIDO. Esta dictadura era más peligrosa porque gozaba de la secreta aceptación de los venezolanos atraídos a la sutil complicidad con la abundancia no producida. Dictadura era la dependencia de las compañías extranjeras, pero lo era más el sistemático debilitamiento de la economía venezolana



determinado por la manera específica en que el ingreso petrolero se inyectaba al resto de la economía: en forma de estímulo a las importaciones y al sector terciario con desaliento de la actividad realmente productiva en la agricultura y en la industria. Y lo más grave era que esta dictadura era gozosamente aceptada (y lo es todavía) porque brinda posibilidades de consumo sin que medie esfuerzo productivo.

2. ¿Dictadura inevitable?

Para mayor claridad y rigor en el razonamiento sobre la frustración fundamental de estos años vamos a exponer las tesis en forma escueta y concatenada para luego ilustrar el caso venezolano:

- I. En el capitalismo —y casi diríamos en el hombre históricamente dado hasta hoy— el principio rector de la vida económica —y en definitiva de toda la vida social— es la búsqueda del máximo beneficio con el mínimo de costo. Esto es verdad para el capital propietario de los medios de producción que busca la acumulación y para el trabajador obligado a buscar la subsistencia.
- II. Por tanto en un sistema capitalista cualquiera que permita acumular capital y consumir los medios de subsistencia sin necesidad de trabajo ni producción, no florecerán ni el trabajo, ni la producción.
- III. En el capitalismo clásico el propietario de los medios de producción no tenía posibilidad de acumular capital ni de acceder al consumo sin mediación de la iniciativa, riesgo y trabajo. El capitalista para acumular tenía que innovar, competir, organizar y arriesgarse. El obrero para sobrevivir tenía que someterse a la disciplina de inhumanas jornadas de trabajo. No había otra alternativa ni para unos ni para otros.
- IV. En los sistemas socialistas conocidos —con diferencias obvias frente a la manera capitalista de participar en el producto social— no hay más alternativa que el trabajo duro y disciplinado para la necesaria capitalización del aparato productivo (industrialización y tecnificación) y para acceder a los bienes de consumo.
- V. En Venezuela, gracias a la renta petrolera, es posible capitalizar y acceder al consumo sin pasar por la correspondiente producción. La vía para ello es la dócil sumisión al capitalismo internacional que otorga ambas posibilidades a cambio de la entrega del precioso combustible.

Como el trabajo y la producción capitalista sólo se dan cuando son indispensables para acumular capital y para acceder al consumo, será inútil lamentarse de su falta mientras se pueda llegar a estas metas por otros medios. Esto es lo que está ocurriendo. Veamos en concreto:

VENEZUELA IMPORTADORA Y TERCIARIA

El dictador petróleo eleva automáticamente la capacidad de consumo de las minorías privilegiadas —y en su grado y a su tiempo también de las mayorías— del país y al mismo tiempo ofrece la posibilidad de satisfacer esa necesidad con productos



importados.

El petróleo, entregado a las compañías extranjeras, crea la nueva demanda de bienes y servicios —por la disponibilidad nacional en dólares de los ingresos derivados de él— al mismo tiempo que produce la oferta importada que la va a satisfacer: produce los ingresos para poder comprar y ofrece los objetos que se han de comprar.

La dictadura agradable de consumir sin producir, ofrecida por el petróleo es aceptada voluntariamente por los dirigentes —y en su medida por los seguidores— del país. Ella no termina con la nacionalización petrolera: mientras la riqueza petrolera se liquida para trocarla directamente en capacidad de consumo sin pasar por la producción, la dictadura pervive.

El petróleo hizo que se descuidaran nuestras exportaciones tradicionales y no se fomentaran otras fruto del esfuerzo productivo del país. Aquellas, producto del trabajo, se hacían antes porque en Venezuela no había alternativas mejores para realizar la ganancia del capital, porque de ellas dependían el total de nuestras divisas y en ellas descansaba el ingreso fiscal —directamente por el impuesto a las exportaciones e indirectamente por el más importante impuesto a las importaciones. Pero ahora los bienes se podían importar y el capital podía engordar en actividades rentistas y especulativas en el sector terciario y en la construcción. Nuestra economía, si se dejaba llevar por la fácil inercia, estaba sentenciada a crecer en ese sector porque en buena medida los servicios y la construcción no son importables. Todavía en 1935 la economía venezolana post-petrolera estaba en pañales; el total del ingreso nacional no pasaba de unos pocos cientos de millones de bolívares, pero ya era visible la horrible deformación que iba a caracterizar su futuro desarrollo. Para esa fecha las ventas petroleras habían hecho que las otras exportaciones bajaran, de 1913 a 1935, al 50 por ciento del valor. Las importaciones habían triplicado su valor en ese mismo intervalo. Para 1936 ya el sector terciario significaba tanta porción del PTB como la agricultura, la artesanía y la industria juntos.

Deformación que lejos de corregirse ha llegado en estos últimos años a su paroxismo: Para 1976 las ramas productoras de servicios suponen el 56,8 por ciento del PTB y el 65,2 por ciento del PTB correspondiente a actividades internas de nuestra economía. En 1976 las instituciones privadas financieras destinaron a esas actividades el 41,0 por ciento del monto total del financiamiento concedido y el 60,9 por ciento del total de nuevos empleos se creó en servicios donde ya estaba ocupado más del 50 por ciento de los venezolanos (5).

Quien consulte la evolución de la ocupación en Venezuela en los últimos cuarenta años se encontrará que con velocidad vertiginosa desciende la ocupación agrícola y con la misma sube la ocupación en servicios mientras permanece numéricamente estática la ocupación en el sector secundario.

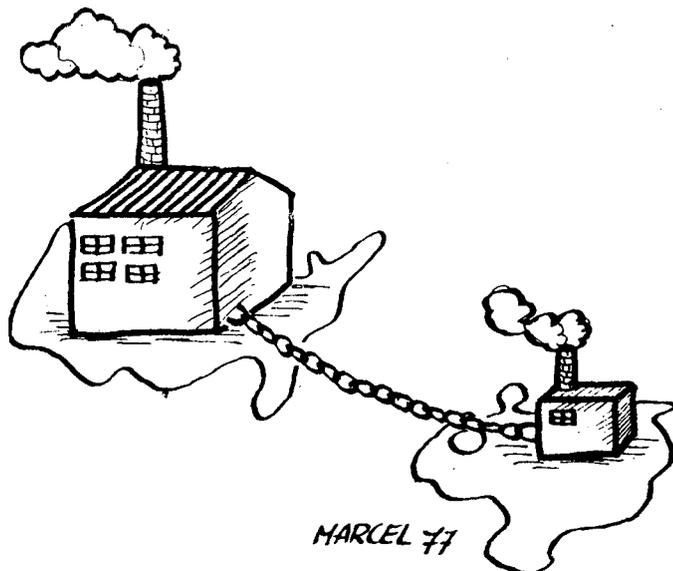
Así mismo la derrota de nuestras exportaciones no petroleras —y minerales si se quiere incluir el mineral de hierro— ha sido tan completa que hoy no llegan ni al 3 por ciento del total. Las importaciones se desbocan hasta llegar a los Bs. 35.000 millones en 1977, buena parte de ellas destinadas a la adquisición de bienes de consumo y de productos que se habían comenzado a producir en el país. Para completar, paradójicamente importamos financiamiento creando una deuda externa que antes de un año llegará a 20.000 millones de bolívares. Acorde con esta tendencia sólo el 12 por ciento del PTB proviene de la industria y sólo el 6 por ciento de la agricultura, cuando una economía sana pediría que ambos sumaran alrededor de 40 por ciento del PTB.

Desde la muerte de Gómez se han sucedido muchos gobiernos, dictatoriales, democráticos y semidemocráticos. Cada cambio se ha anunciado como ruptura total con lo anterior: El golpe de 1945, el de 1948 y la huída del dictador en 1958. Sin

embargo la política socioeconómica de fondo ha sido inmutable en lo tocante a la dictadura del petróleo y la manera como él determina la marcha del resto de la economía, define el proceso productivo venezolano y toda la vida social del país.

INDUSTRIALIZACION SIN INDEPENDENCIA

Ni la llamada industrialización sustitutiva, ni la reforma agraria cambiaron esta tendencia. La industrialización sustitutiva iniciada por Pérez Jiménez recibió mayor impulso oficial en el gobierno de Betancourt y de Leoni, pero lejos de ser una industrialización sustitutiva de importaciones resultó una "industrialización importadora" con algunos cambios en los patrones de importación.



La asociación, como mero intermediario, con las compañías transnacionales, la protección estatal que resguarda de los riesgos y la monopolización de la actividad industrial, daba de nuevo cierto carácter rentista al capitalista venezolano. Esto es un punto que hoy no se discute pues las cifras no lo permiten. Por eso no se lograron los beneficios prometidos: ni se formó un empresariado industrial venezolano emprendedor y autónomo, ni se expandió la ocupación industrial de la población, ni aumentó la independencia nacional con respecto a la industria extranjera. Siguió el modelo importador y tercerista con una creciente concentración monopólica que permitía ganancias exorbitadas al capital. Sólo obligados por la necesidad —y esto refuerza nuestra tesis— han habido algunos breves momentos con tendencia a la reducción de las importaciones. No podía ser de otra manera para un país al que le resultaba más fácil obtener los dólares que la capacidad productiva propia. Por ejemplo, a partir de 1939 hay una baja sistemática de las importaciones hasta 1943 inclusive (6). No es una reducción voluntaria por parte de Venezuela, ni efecto de la carencia de divisas, sino causada por las dificultades de abastecimiento y transporte creados por la guerra. Ello obligó a cierta industrialización sustitutiva nacional que pudiera atender a la demanda insatisfecha; industrialización que auguraba ser independizante y basada en el esfuerzo propio. Pero tan pronto como Alemania, en sus estertores finales, aflojó la mano que cercaba nuestros puertos, se reanudó la importación alegre y se abandonaron los proyectos nacionales.

También algo de esto podemos ver en la crisis económica que tuvo su punto más alto en 1961 y duró hasta fines de 1963. A pesar de todas las críticas que se puedan hacer, la campaña de "compre venezolano" y "hecho en Venezuela" tenía el apoyo real de ciertas dificultades en nuestra balanza de pagos. Hoy de nuevo la propaganda que inunda al país se glo-

ría de recomendar productos importados. Para 1968 estaba claro lo que había ocurrido con la industrialización llamada sustitutiva. Para remediarlo, la recomendación oficial era ampliar el mercado interno y lograr exportar productos manufacturados. Pero ahí estaba la dictadura aceptada que impedía poner los medios para llevar a cabo lo que parecía conveniente.

Llegó la cuadruplicación de los ingresos petroleros. Ya se disponía de un diagnóstico muy crudo de los estragos realizados por la dictadura petrolera. Se anunció la liberación de ella a través de la inyección fabulosa de recursos a la industria básica (derivados del hierro, petroquímica, aluminio) de exportación y de soporte de un proceso de integración vertical a través de industrias intermedias y de bienes de capital. Todo ello junto con una expansión del mercado interno de consumo hacia las capas de menores ingresos y el audaz fomento de la producción agrícola.

Pero ahí estaba el dictador. La nueva demanda va a ser satisfecha con la importación alegre e indiscriminada tanto del proceso integral de las industrias básicas como de bienes de consumo, mientras que los capitalistas venezolanos realizan negocios de un volumen nunca antes conocido en el sector terciario.

EL "MODO DE SER" VENEZOLANO

Esta tendencia a incrementar el consumo sin aumentar el trabajo productivo poco a poco lo va impregnando todo, va creando valores, "maneras de ser" y de enfocar la vida nacional. No es que no se trabaje, ni haya explotación. Millones de venezolanos trabajan y pasan trabajo en jornadas que incluido el transporte se acercan a doce horas. Y lo hacen con pagos de verdadera miseria incluso en la propia industria, como revela la Encuesta Industrial última de 1974: Para ese año en la industria el salario anual del obrero promedio es de 9.459,187 Bs. Cifra alarmante en sí, injusta con respecto al sueldo promedio anual por empleado en el mismo sector que es de 22.042,608 y mucho más injusta si se compara con los artificialmente inflados ingresos de ejecutivos de mera pantalla (7).

En todos los sectores trabaja el venezolano, pero en conjunto sus afanes han sido orientados mayoritariamente a actividades que no incrementan la producción nacional.

Al mismo tiempo se va formando la conciencia de que "hay mucho rial" y de que todos tenemos derecho a participar de él. No hay que revolucionar el modo de producción, sino el modo de reparto de los bienes de consumo, piensan los más audaces.

Esta mentalidad atenaza también al sistema educativo. Las grandes campañas de educación se hicieron presentando la educación como una manera de acceder al consumo y no como una capacitación para la producción a través de la cual es posible acceder a los bienes y servicios necesarios. La educación es vista como un servicio público gratuito que se consume. Ahí radica en buena parte la frustración del sistema educativo.

Podemos discutir costos y programas, métodos educativos y cifras de escolaridad. Pero más allá de todo eso existe un problema que lo condiciona todo: La educación en Venezuela es fundamentalmente una mediación entre la renta petrolera y las necesidades de consumo de la población. Independientemente del rendimiento del profesorado y del rendimiento social del egresado, el sistema educativo es una de las principales actividades del sector terciario que permite el acceso al consumo sin pasar necesariamente por el correspondiente trabajo productivo. La educación en Venezuela, más que enfocada al incremento nacional de la capacidad transformadora de la naturaleza, está orientada a producir "status social", "curriculum vitae" y un certificado que de acuerdo a su categoría automáticamente permite mayor o menor participación en la renta nacional sin que entre en consideración la relación entre lo que

gana el diplomado y el aporte real que hace a la riqueza social del país. Por eso nuestro país se destaca por el infrapago al trabajo manual y técnico y el sobrepago al trabajo oficinesco y de manos limpias con respecto a cualquier país capitalista. El propio aparato educativo en primer lugar es un amplio sistema de participación de los educadores en la renta petrolera independientemente del rendimiento real que en él se produzcan. Los escalafones, ascensos y antigüedades corren automáticamente en la cuenta de ingresos. Esta tendencia a la falta de relación entre el costo y el beneficio social logrado parece no doler demasiado mientras la renta petrolera aguante el pago de la educación y la renta petrolera permita importar trabajadores y técnicos a pesar del porcentaje altísimo de universitarios venezolanos. No falta número, sino capacitación real para manejar el proceso productivo directo. Cuando el graduado venezolano va a la industria —un hecho realmente minoritario— es empleado en lo que podríamos llamar sector servicios dentro de esa actividad; en el escritorio, no en la máquina.



No hay tal "modo de ser" venezolano, sino que existe un "modo de actuar" con una deformación producida por causas económicas más claras y próximas que las que se remontan a la raza, al trópico, la mezcla de sangres o a la religión.

EL COSTO QUE NADIE QUIERE PAGAR

El problema no es de diagnóstico. Se trata de que en los dirigentes no existe la disposición de pagar el costo que el enfrentamiento a esta dictadura supone. Más aún la misma población mayoritaria que padece la opresión de la dictadura está ya de tal manera manipulada y hecha a las ilusorias compensaciones, que cualquier cambio de rumbo inicialmente produciría protestas generalizadas. Por eso el país va mal, pero por una complicidad criminal colectiva se evaden las decisiones que podrían enderezar el camino. Veamos:

1. El capital

El capital por naturaleza busca la maximización de la ganancia con el mínimo de costos. La renta petrolera podría haberse convertido en instrumento para potenciar la producción interna —agrícola e industrial— fruto del esfuerzo, iniciativa, riesgo, creatividad. Eso significa "sembrar el petróleo". Si el capital hubiera tomado esta dirección todo el país hubiera necesariamente seguido el camino. No tomó ese camino porque tenía un camino más fácil para la ganancia cual era ampararse en los recursos y protección del Estado, asociarse con el capitalismo internacional y desarrollar una acumulación de capital rentista —negocio inmobiliario, comercio, finanzas— con tendencia monopólica del que forma parte esencial la asociación importadora y dependiente con el capital extranjero. De esta manera, aun en el sector secundario el capitalista venezolano tiende a concentrarse en la actividad de servicio; es empresario de telex, teléfono y almuerzos para mediar entre el gobierno protector y las empresas extranjeras que controlan la actividad

productiva.

Mientras la renta petrolera siga firme y mientras los márgenes de ganancia rentista y especuladora sean mayores que los obtenibles en la actividad productora que incrementa la riqueza nacional, es absurdo esperar que el llamado "empresario" cambie de proceder.

2. El Estado

Estos cuarenta años pasarán a la historia como los del gran fracaso del Estado venezolano. Fracaso que es especialmente significativo en los veinte años de democracia y gravemente acelerado en el último quinquenio de la nueva abundancia. No es que el Estado sea distinto de los capitalistas, como si hubiera dos centros de responsabilidad totalmente autónomos y contrapuestos. No, el Estado venezolano es el Estado capitalista que a veces ejerce las funciones de gobierno por medio de políticos de partido que tratan de apoyar las actividades del capital al mismo tiempo que intentan lograr el apoyo popular con "obras sociales".

El Estado tiene como finalidad y como función real —no teórico idealista— el logro de la expansión permanente de la actividad capitalista con la adhesión del apoyo popular. Cuando ese Estado es gobernado por los partidos políticos, estos están sometidos a la presión de la población que también quiere máximo de beneficio con el mínimo de esfuerzo. Los partidos lejos de someterse pasivamente a esta presión, la fomentan. A veces por un deseo real de resolver los problemas sociales y otras por desarrollar una clientela política sumisa entran en un certamen de ofertas que llevan todas el signo promisor de máximo de beneficio con mínimo de esfuerzo.

El capitalismo ha defendido con ahínco que al Estado le corresponde prestar todos los servicios sociales y asumir todas las empresas deficitarias, como es la creación de infraestructuras gratuitas. De manera que además de no desarrollar ellos una vigorosa actividad empresarial han impedido que la desarrolle el propio Estado. Esta tendencia era muy bien acogida por los partidos políticos puesto que preferían un Estado que permitiera a los gobiernos partidistas repartir beneficios que urgir el trabajo productivo. Los capitalistas, los políticos y la amplia clientela nacional de beneficiados prefirieron un Estado repartidor de dádivas y empleos sin relación directa con las necesidades productivas del país. De ahí que para el próximo presupuesto el gasto corriente sea mayor que el ingreso fiscal petrolero.

Se evita sistemáticamente aquello que sea medida dura aunque necesaria.

3. La Población

En Venezuela la mayoría carecía de una tradición organizativa fuerte. Los trabajadores del país eran una masa desorganizada y manejable que transfería la posibilidad de su salvación fuera de sí: en la suerte, en el caudillo, en la vela a San Onofre. Su despojo de siglos demuestra con evidencia que ni el trabajo, ni la organización solidaria son medios de liberación: los que trabajan siempre están oprimidos y los que dominan no trabajan. A la muerte de Gómez nacen las organizaciones. Fundamentalmente con un signo político. Una característica dominante en la organización social venezolana es que las agrupaciones son sólo de signo político y signadas por una política de promesas desde la oposición o desde el gobierno. A la mayoría se le enseñaba a esperar las soluciones del líder, del carnet, de la palanca; la organización propia y el trabajo no son medios liberadores. La política se muestra como vía alternativa al trabajo para conseguir ingresos.

Sobre esta base se da la paradoja de que la propia población, víctima de la actual situación, en un primer momento se resistiría a un camino de austeridad, trabajo productivo y es-

fuerzo nacional.

Así aunque el capitalista privado, el Estado capitalista y sus partidos y la población que sufre y vive con ellos, se quejan de todos los problemas, no hay una verdadera voluntad para dar el viraje y pagar el costo social de la independencia nacional.

UN ACUERDO PARA NO CAMBIAR

El esquema importador del capitalismo rentista dependiente conlleva una política partidista de promesas y la abundancia venezolana necesariamente implica corrupción. La mayoría de las denuncias tienen mera función de catarsis, de liberación aparente del peso sin transformar nada.

Si la explotación petrolera permite acceder al consumo sin pasar por la ardua producción; si al capital extranjero dominante y al capital venezolano asociado esa tendencia les produce más beneficios que la dedicación de los recursos a la producción venezolana; si el Estado cumple así mejor su función básica de facilitar la acumulación de capital y mantener con dádivas asistenciales la sumisión de la mayoría oprimida; si los partidos políticos predominantes reciben más recompensa electoral prometiendo bienes y servicios sin que medie el trabajo productivo y más respaldo económico siguiendo la corriente de las fuerzas de interés dominante, es claro que el lema "sembrar el petróleo" lleva cuarenta años de soledad.

Y SIN EMBARGO UN PUEBLO DESARROLLADO—ECONOMICA Y SOBRE TODO HUMANAMENTE DESARROLLADO— ES EL CAPAZ DE PRODUCIR DESARROLLO Y NO SOLO DE CONSUMIR DESARROLLO. Teóricamente la relación correcta entre la explotación petrolera y crecimiento nacional independiente es que cada barril de petróleo se convierta en unidades de capacidad productora (tanto unidades materiales como humanas), tratando de reducir al máximo el desperdicio o la desviación hacia otros menesteres. **TODAS LAS OTRAS NECESIDADES SERAN SATISFECHAS CON EL FRUTO DE NUESTRO TRABAJO.** Sólo es sano aquel aumento de consumo que sea fruto del aumento de producción. Esta es una consideración económica y antropológica al mismo tiempo.

De más está decir que la tendencia nacional de los 40 años apoya plenamente el interés del capitalismo norteamericano que domina la extracción petrolera y por tanto al país. A él no le interesa que Venezuela se convierta en productor autónomo, sino en consumidor subordinado, de modo que la renta petrolera incremente automáticamente nuestra demanda de todo tipo de productos (y ahora servicios financieros y tecnológicos) que el capital internacional dominante está ávido de vender.

FRACASO DEL ESTADO VENEZOLANO

De todos los presentados en estos cuarenta años, el programa y el diagnóstico más interesante de AD es el que hizo en 1939 cuanto todavía se llamaba PDN (Partido Democrático Nacional).

Con frecuencia se considera que el buen político es el que sabe descubrir la dirección histórica de las fuerzas sociales nacientes y las secunda. También en este sentido el programa de PDN en general y Rómulo Betancourt en particular han acertado. Su meta es transformar la Venezuela semifeudal sometida al imperialismo y a la dictadura. Aspiran a realizar la justicia social y las conquistas de los trabajadores no enfrentando al capital renovador, sino precisamente por la acción de este. Se presenta como partido nacional "absolutamente ajeno a cualquier ideario clasista", cuyo objetivo es el siguiente: "Quebrantar el sistema de propiedad feudal en el campo, desterrar del país la usura bancaria y rescatar para la nación el control de sus riquezas naturales, armando al pueblo con la dirección

de un Estado democrático, tales son los máximos objetivos que tiene planteada la revolución democrática en Venezuela" (8). No sin razón se supone que todas las fuerzas se van a montar en esta tendencia objetiva y más que nadie las fuerzas económicas dispuestas a realizar la acumulación del capital en las nuevas oportunidades ofrecidas por el petróleo. El PDN "está en capacidad de lograr que los representantes de esas fuerzas productoras progresistas situadas en las filas poseyentes no vean en nuestra organización un enemigo suyo, sino un aliado" (9). Lo mismo podían decir Medina, Pérez Jiménez y COPEI. En la Venezuela petrolera ¿quién iba a desaprovechar las nuevas oportunidades ofrecidas por el Estado dispensador de la renta petrolera? ¿Quién se iba a empeñar en quedarse aferrado a las míseras rentas usureras de hace medio siglo o a las tierras hambrientas de trabajo enriquecedor que apenas alimentaban un prestigio caduco?. Era un camino claro y sin opositores. Habrá malentendidos, pero a la larga en esa tendencia se van a fusionar AD y los capitalistas. Los poseedores no comprenderán que es de su interés la modernización social de Venezuela. Pero a partir de 1958 habrá un verdadero éxito en la comunicación sobre este proyecto demostrando que "el PDN está capacitado desde ahora para llevar a las capas poseyentes progresistas la convicción de que una reforma de la vida política, económica, fiscal y cultural de la índole propugnada por nuestra organización antes que afectarlos en sus intereses, más bien abrirá para ellos nuevas perspectivas de desarrollo. Los enemigos contra los cuales combate a toda hora nuestro partido —el gomecismo político, el latifundismo medioeval, la banca usurera y el imperialismo extranjero— son los mismos obstáculos que se oponen al desarrollo de una economía venezolana saneada y próspera, base indispensable para el fomento de la industria criolla de transformación, así como de sus industrias naturales, agricultura y cría"(10).

Sólo se equivocó el PDN en lo referente al "imperialismo extranjero" que es más un latiguillo político que comprensión real de la fuerza económica determinante. Ese imperialismo no es estático y lejos de resistirse va a ser el primer protagonista del "desarrollo venezolano". En este punto era más válida la intuición que ya en 1931 tuviera Alberto Adriani: "En virtud de estos desarrollos los pueblos están hoy sujetos a presiones internacionales difíciles de rechazar, y amenazados por un imperialismo más sutil, más discreto y menos áspero que el pasado. La ocupación militar no será ya más la primera fase de ninguna conquista. Es muy posible que en las conquistas del futuro no ocurra nunca un desembarco de soldados. Ciudadanos de un país poderoso, "guerrilleros" por propia cuenta o al servicio de grandes empresas, protegidos diplomáticamente, armados de poderosos medios financieros y experiencia técnica, llegarán a otro país de ciudadanos menos garantizados y pobres de capital y de técnica, e irán ganando poco a poco el control de sus créditos, de sus fuentes de energía, de sus tierras y de sus minas más ricas, en una palabra, de sus empresas más productivas, hasta dejar conquistados, en una batalla sin sangre y sin escándalo, todos los puntos de su organismo económico. Entonces la conquista será completa y para mantenerla sólo serán necesarias algunas presiones discretas y oportunas" (11). El Estado adeco (y lo ha sido a lo largo de todos los gobiernos de estos cuarenta años) ofrecerá al capital los incentivos, préstamos y avales para que se lance a realizar su ganancia en las nuevas actividades en asociación subordinada con el capital extranjero. Y el capital privado (nacional y extranjero) responde acudiendo a esas oportunidades. Pero no rompe con el modo de producción rentista petrolero, ni lo podía intentar puesto que era más fácil y pingüe la ganancia del capital en la tarea comercial (que comprende incluso el tipo de industrialización venezolana) y rentista (tierras urbanas, finanzas, actividad inmobiliaria en general).

Se hace énfasis en que el Estado sea democrático y que abra las oportunidades de consumo a las mayorías, pero no hay una concepción económica en la que el Estado y sus recursos sean la clave para la creación de una sociedad de productores con su modo de vida correspondiente.

No parece correcto decir que Venezuela ha fracasado en el camino emprendido. Mucho menos justo es hablar de falta de espíritu de trabajo o de flojera. La gente trabaja y mucho cuando el trabajo tiene un sentido y un premio. Pero hoy es mucha la gente y a muy diversos niveles que tiene sensación de que su trabajo no se aplica en la tarea útil y beneficiosa para él y el país.



Ha fracasado el Estado capitalista en aplicar el esfuerzo nacional en la dirección correcta. Se ha escogido mal el camino y se ha prometido al país el bienestar que no es posible obtener con los medios puestos. Veamos (sólo a manera de ejemplo, pues cualquier otro esquema de cualquier otro gobierno es substancialmente igual) el modelo más fielmente seguido. Dice el programa del PDN en 1939:

“En lo económico lucharemos por la más pronta desaparición de la crisis que estanca la vida de la Nación y por el desarrollo intensivo y rápido de nuestra producción. Para esto, junto con las medidas inmediatas de supresión de las trabas feudales existentes, de ayuda a la agricultura, a la cría y a la industria, de aumento de capital circulante, buscaremos se ponga en práctica un amplio sistema tendiente a despertar y sostener la iniciativa privada mediante créditos baratos, la protección arancelaria racional, ante la invasión del producto extranjero y la aplicación de un sistema tributario que proporcione al Estado las entradas que necesite para llenar a cabalidad la función social que le asignamos. Esto, y el aumento de la capacidad de consumo de la población por obra de una política social honrada y amplia dará al mercado interior una mayor capacidad adquisitiva sin la cual no será jamás posible el desarrollo de la industria nacional y de la producción campesina. No sólo por lealtad a principios fundamentales de justicia social hacemos nuestra fervorosa proclamación de una política de mejoramiento obrero y campesino, que dé vitalización a todas las fuerzas productoras del país. Reconoce ésta, además, una razón de carácter científico y práctica: que sin tal mejoramiento no se puede crear a la industria y a la agricultura venezolana el mercado interior que le es necesario” (12).

Perfecto; sin exigir un esfuerzo al capital sino ofreciéndole negocios y apoyos y brindando más consumo a la pobla-

ción se propone lograr el bienestar nacional. No podía ser verdad tanta belleza. Esa es la ley del mínimo esfuerzo y ello conduce a lo que tenemos.

PRESUPUESTOS PARA LA LIBERACION NACIONAL

El esfuerzo propio, que es la única alternativa para el desarrollo propio, necesariamente implica ir contra corriente. Consumir sólo lo que somos capaces de producir significa un doble sacrificio:

- 1) frenar el consumo de lo que no producimos.
- 2) orientar los recursos nacionales a producir lo que necesitamos.

Dos tendencias que chocan con los intereses del capitalismo internacional y los capitalistas nacionales que sin creatividad y sin orientación a la producción están realizando los negocios más fabulosos. Pero también chocan en un primer momento con la población acostumbrada a cierto consumo y a la participación actual en la renta petrolera. Finalmente choca con los partidos políticos dominantes que en la complacencia del capital y en las promesas consumistas a la población tienen los dos pilares más firmes de su subsistencia. Estamos en un gigantesco sistema de complicidades donde pareciera que la ruina del país no tuviera dolientes más allá de la estéril denuncia verbal. Esta complicidad ha envilecido al Estado, única entidad que realmente pudiera orientar el esfuerzo productivo independentista del país.

En este momento sólo la represión o la sublimación puede obtener del país el esfuerzo que se necesita para salvarse.

Represión o coacción externa impuesta para exigir el pago del costo social necesario para corregir la marcha del país. Por eso no es de extrañar que en momentos de desaliento se mencione al “gendarme necesario” para que ponga orden o acabe con esta corrupción y despelote. Salida irracional y pesimista que carece del necesario realismo para ver los nuevos males que trae la dictadura militar sin resolver los anteriores como es patente en las numerosas dictaduras del continente.

Sublimación que no es otra cosa que la rigurosa presentación de las metas de justicia e independencia nacional capaces de inspirar un esfuerzo nacional lleno de grandeza ética. Ofrece un modo de vida con compensaciones distintas a la sola maximización del consumo de mercancías; y por una práctica clara y definida por parte del Estado de invertir todo el esfuerzo nacional en la justicia y en la independencia, saltan los resortes morales de un pueblo al que se le ha obligado al adormecimiento y el escepticismo.

Aquí para muchos bastaría decir que hay que hacer la revolución socialista. No creemos que basta ese calificativo sin especificar más. Pienso que esto no se reduce a sólo cambio de sistema. Si bien a la izquierda no puede atribuírsele la misma responsabilidad de los que han estado en el poder, sin embargo es también una izquierda petrolera. En dos peligros se podría tipificar esta calificación:

- 1) Tendencia a un enfoque de mera denuncia y a una política reivindicativa que en general consiste en ofrecer la oportunidad de mayor consumo de bienes y servicios con menor esfuerzo. Y el socialismo venezolano —ni el de ningún otro país subdesarrollado y dependiente— no puede ser en primer lugar de consumo, sino de trabajo y enfrentamiento a arduas tareas productivas propias. Las promesas consumistas que hoy parecieran agradar a la clientela política están profundamente distorsionadas por el capitalismo provocador y corruptor con su oferta ilimitada de mercancías importadas como remedio a todo tipo de frustración. Responden a unos gobiernos y partidos que, a base de promesas y de dádivas para mantener la clientela electoral han vuelto cínicamente pedigüña a la población, perdiendo de vista la necesaria mediación del trabajo productor entre la necesidad y el logro del bienestar colectivo. Prácticas

largamente arraigadas de arrebatarse al trabajo el fruto de la realización personal y la contrapartida económica para satisfacer sus necesidades, unidas a la práctica de ofrecer la satisfacción y los ingresos sin la mediación del trabajo creador (a nivel de capital rentista y también a nivel de las mil formas de manguareo respaldado por el carnet político) han golpeado profundamente los resortes del país.

2) Por otra parte la misma izquierda se ha movido en buena parte en áreas de la actividad intelectual o política, sin que hubiera una verdadera exigencia de productividad. Con frecuencia se usufructúa la cuota rentista o de subsidio que el sistema otorga al profesional que se considera de izquierda. Con frecuencia en la izquierda la productividad es una mala palabra y el consumo embriagante es la justa compensación de la carencia de poder. Es claro que un cambio socialista automáticamente pondría al país contra la pared en la condición de dar el salto o fracasar como país productor austero e incluso podría desatar reservas humanas y morales hoy envilecidas. Pero no es honesto dejar para después el equipamiento para este salto cultural (es decir económico, social, político, ético...) o acercarse a él con las mayores probabilidades de fracaso.

De esta manera a las cinco tesis arriba mencionadas y que concluían en la imposibilidad del trabajo creador en una sociedad que con sólo la renta consigue los fines que se traza, hay que añadir la sexta

VI. El cambio de rumbo de Venezuela necesariamente se produce:

- a) por la implantación, como elemento rector de todo el sistema social del principio de la independencia nacional y la valorización del trabajo propio y de la justicia social como elementos humanizadores indispensables.
- b) por la obstaculización sistemática de todo acceso al capital y al consumo que no sea el paso por el trabajo productor. Trabajo y producción de aquello (y en la forma) que produzca las metas de independencia y humanización nacional señaladas.

Este cambio de rumbo lo tiene que encabezar el Estado, pero un Estado cuya referencia principal y cuyo soporte sean todos aquellos que padecen este sistema y no los que lo disfrutan precisamente gracias a las actuales distorsiones. No cabe duda de que un Estado decidido encontraría apoyo en sectores tan amplios como son los que hoy sufren el desastre nacional y contemplan cómo sus esfuerzos se esterilizan por una mala dirección del sistema en su conjunto que premia la viveza y la corrupción.

En un artículo posterior haremos un esfuerzo por vislumbrar los posibles caminos de un Estado conductor del país hacia su liberación.

CITAS:

- 1) Informe del Banco Central de Venezuela 1976
- 2) Mariano Picón Salas: Para un Retrato de Alberto Adriani. En Alberto Adriani: Labor Venezolana. Universidad de Mérida 1962. pág. XLIII.
- 3) Edwin Lieuwen: Petróleo en Venezuela. Editorial Cruz del Sur. Caracas, 1964. pág. 141.
- 4) Obra Citada. Prólogo pág. XV.
- 5) Informe del Banco Central de Venezuela 1976.
- 6) Véase Ramón Veloz: Economía y Finanzas de Venezuela desde 1830 hasta 1944. Impresos Unidos, Caracas, 1945. 420-460 p.
- 7) Véase Ministerio de Fomento Dirección General de Estadística y Censos Nacionales: Encuesta Industrial de Venezuela 1974. Resultados Nacionales.
- 8) Acción Democrática. Secretaría Nacional de Propaganda: Acción Democrática, Doctrina y Programa. Caracas, 1962. pág. 36.
- 9) Ibidem.
- 10) Ibidem.
- 11) Obra Citada, pág. 28.
- 12) Obra Citada, págs. 42 y 43.

UNA MUJER

ARTURO PAOLI

Doy gracias al Creador de haberme siempre invitado al espectáculo de los amaneceres. Somos pocos los que disfrutamos de este privilegio, porque las masas que emergen de la periferia de la ciudad, son arrancadas de la libertad del sueño, al espacio interminable abandonado por la alegría de la creación. El alba es sólo preludio de un día infeliz. Otros lo ven como el epílogo de una noche de evasión de la realidad no aceptada, o como el frágil abrirse de una esperanza después de una noche angustiosa. Somos pocos, pienso, que la saludamos como un nacimiento, con la sorpresa que uno tiene delante de lo inédito, de lo inesperado. A veces me ha parecido un precio demasiado alto la privación de un sueño animal prolongado, capaz de abastecer la energía necesaria. Me he arrepentido siempre de esta protesta de la carne, en ese momento intraducible en que la naturaleza entera se estremece y las estrellas parecen inmobilizarse, terminando su turno. Cuando adolescente, me dijeron que en aquel momento los agonizantes se mueren. La referencia me parece demasiado obvia para ser verdadera, pero es cierto que todos los suspiros del mundo se recogen en uno, en este traspaso de la noche a la madrugada. Creo que más que al lento emerger de las cosas, a esta aparición de las formas y de los colores, estoy invitado a este misterioso estremecimiento, a este brincar del universo, para que remueva esta feliz experiencia de la vida.

El momento me hace intuir algo de la resurrección, creo coger el misterio de la vida no en una claridad intelectualmente, pero en esta participación en el brincar de las cosas. Estas palabras de San Pablo no pueden haber sido pensadas sino en la convivencia con el surgir del día: "Aquí tenemos un misterio: todos moriremos, pero todos seremos transformados en un abrir y cerrar de ojos, al sonido de la última trompeta". (I Cor. 15: 51-52) Este momento, este parpadear del ojo, este traspaso, es tan significativo que coge to-